

VIII

¡Oh la ausencia, el menos clemente de todos los males!
Consolarse con frases y palabras,
buscar en el tedioso infinito de los pensamientos
con qué refrescar mustias esperanzas,
y no sacar nada, sino insipidez y amargor...

Así se expresaba mi incipiente melancolía por estar lejos de "la que amaba" porque, decididamente, la amaba, sobre todo, desde que me había dado el sí en cierto modo, por escrito, a hurtadillas... de su padre "sol"; melancolía que concluyó por degenerar, para mi propio daño, y lo que era menester que ella ignorase, y lo ignoró hasta el fin de un interminable "noviazgo", de cerca de un año entero, en una penosa y enervante espera que todo había de agravar, según veremos más adelante, hasta que yo me volviese, literalmente.

Impaciente de los meses, furioso de las semanas; pero por el momento, yo no tenía que quejarme sino del dulce mal que se padece amando.

Cartitas que cambiamos por mediación del bueno de Sivry; misivas inocentes de parte de mi novia, pues yo la consideraba en toda regla ya como mi novia, lo más delicadas y discretas posible de mi parte mantenían aquel "fuego" deliciosamente insinuante, que después de "disgustos enormes de águilas rojas" había de extinguirse en lo fuliginoso de un proceso de separación, y luego en la ciénaga de un divorcio. ¡Pero no adelantemos tantos horrores!

Por lo pronto, pues, era yo casi feliz, decían-

me lo así en aquella linda correspondencia trazada por una mano, quizá trémula, con aquella letra infantil y hermosamente desgarbada, con aquel estilo de la mejor sencillez, todo lo contrario de un marisibidillismo aun infinitesimal y como lleno de abandono en la bendita ignorancia de lo que puede ser una frase "bien" construída. Incluso lindas faltas de francés, y hasta adorables y raros errores de ortografía, comun'caban un encanto más a aquella correspondencia casi diaria que sostuvimos durante dos meses largos, interminables. Mis respuestas hacíanse cada vez más, no apremiantes, justos dioses, sino más cordiales y rendidas; eran para mí verdaderos goces, ya sensuales, escribirlas. Sí; yo temblaba, ¡cuán voluptuosamente! Un temblor como de fiebre amorosa, "buenamente", proporcionábame fiestas todavía castas, quizá, pero no sin un dejo carnal, ¡el agujón, en suma!

Por lo demás, una última carta de

...La manecita tan pequeña
que un colibrí no cabría en ella...

anunciábame su regreso inminente a París. Recomendaciones de "cordura", de paciencia entreverábanse en ella agradablemente, con ingenuos cálculos encaminados a probarnos a los

dos que todo iba muy bien en nuestro asunto, tocante a edad, gustos, educación, buena burguesía, y, finalmente, cosas de dinero... ¡Exhortábame, con un giro algo novelesco, en su, por lo demás, sensato y sensatísimo lenguaje a esfuerzos encaminados a merecer nuestra futura dicha común. Y hasta me citaba el ejemplo, que me proponía, del príncipe Galaor y de sus trabajos por su dama...

El dichoso día tan esperado, en espera — ¡cuánto más todavía!— del otro aun relegado a un futuro desesperadamente indeterminado, ¡y Dios sabe qué plazos y cuáles dilaciones estaba predestinado a sufrir!, aquel día, ¡aquel último día!, el día, digo, de su regreso, de volverla a ver, el día acerca del cual había yo escrito estos dos versos, que había enviado, con otros, a quien correspondía en derecho, la víspera o la antevíspera:

En que, ensueño y pensamiento solo,
vendría hacia mí la prometida...

¡aquel jubiloso día llegó por fin!

La entrevista había de celebrarse por la noche, después de cenar. ¡Qué largo, aunque bueno, me pareció aquel día divino e infernal! ¡Y cuando se acercó la hora exquisita, qué cuidado para pasar el tiempo de un modo, cuan-

do menos, conforme al giro de mis pensamientos, puse y no puse, yo de ordinario tan expeditivo sobre el particular, en mi tocado! ¡Cuántas veces tuvo mi pobre madre sonriente, quizá, y cuando en ello pienso, inquieta sin duda, un poco turbada por mis expansiones, que hacer y rehacer el nudo de mi corbata a La Vallière, ¿después?, y que cepillar y volverme a cepillar la levita y el abrigo, y alisarme y volverme a alisar la chistera, etc.! ¡Y con qué paso ligero y... serio... —yo había olvidado adrede mi monóculo cuadrado... de lente de vidrio, semejante atributo parecíame, por primera vez, "inútil"... y hasta un poco ridículo—, con qué andar, como alado, gravemente, no pasé por el interminable bulevar de Clichy y el no menos interminable de Rochechouart, y no escalé la cuesta y rodé luego la pendiente de la calle de Ramey para trepar, por último, por el dulce calvario, denominado en lengua vulgar calle de Nicolet!

Pasáronme al salón, adonde no tardó en bajar la señora de M..., dándome un apretón de manos verdaderamente cordial, y donde poco a poco se presentó su marido, con el que cambié un saludo casi ceremonioso. Empezamos por hablar de cosas indiferentes... ¿Me había ido bien en el viaje? ¿Cómo iban por allá los cereales? Y otras cosas por el estilo,

cuanto entró la señorita a quien viera por primera vez.

Con un traje gris y verde con volantes.

Por un explicable fenómeno, no me acuerdo ya del traje que vestía aquella noche. Yo sólo tenía ojos para su cara y su figura en general, que me pareció la misma, encantadora y linda... Tomó asiento, después de estrecharle yo suavemente o apretarle más bien los finos dedos de su mano derecha, en el corro que formábamos alrededor de una gran mesa-velador cubierta de álbumes, y en la que había un jarrón de china con flores que olían que era un primor.

Saltaba a la vista que había timidez, mucha timidez en su porte y actitud, y evidente emoción, y por mi parte, creo firmemente que en aquel momento tampoco brillé por exceso de aplomo. Seductora sensación, prólogo delicado y como sobrenatural a la aproximación suprema. Háblome ella, respondíle yo, con palabras triviales e inocentes; pero encantadoras sin embargo... y precisamente por ello.

Al cabo de una hora corta me retiré, después de pedir y obtener permiso para visitarla al día siguiente, absolutamente conquistado esta vez.